



FRANCISCO PÉREZ GONZÁLEZ
Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela

Presentación

Un problema serio del trabajo humano –y concretamente del trabajo empresarial– es que se realiza como si fuese una actividad desconectada de la dimensión moral y religiosa de la persona. El trabajo se considera solo como una cuestión económica; el hombre, en cuanto trabajador, es valorado solo como *homo oeconomicus*. Pero esto significa que hemos provocado una ruptura en el ser mismo de la persona, como si esta pudiese dividir su vida en compartimentos estancos, o cambiar el sentido de su existencia según la actividad que realice.

Me atrevo a afirmar que mientras la actividad empresarial no tenga en cuenta la dimensión moral y religiosa de la persona que trabaja, esa actividad será, en mayor o menor grado, un fracaso humano. Podrá producir beneficios económicos –que, para algunos, es el único objetivo importante–, pero no contribuirá realmente a la realización de todas las aspiraciones del corazón humano, a la felicidad de la persona.

Esta cuestión no se soluciona, obviamente, con un libro de oraciones. A algún lector podrá

parecerle, incluso, que animarnos a hacer oración con motivo del trabajo puede contribuir a desviar nuestra atención del fondo del problema. A pesar de todo, estoy convencido de que la oración tiene una importancia radical para transformar la propia vida y abrirla a la trascendencia, y para que el hombre oriente el trabajo hacia su verdadero fin: la gloria de Dios y el servicio a los demás.

Y esa transformación de la propia vida es una condición imprescindible –aunque no sea la única– para humanizar las estructuras sociales y económicas, porque estas no son fruto del azar, sino de las ideas de las personas concretas que las construyen.

Por todo ello, sumándome a los autores de esta pequeña obra, animo al lector a rezar con fe las oraciones que se proponen. Estoy seguro de que ello redundará positivamente no solo en su vida personal, sino también en la de quienes comparten con él los mismos afanes en el ámbito del trabajo.



+ Francisco Pérez González

Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela

Introducción

“¿De qué sirve... que uno diga tener fe, si no tiene obras?” (Sant 2,14)

Somos muchos los que nos confesamos cristianos. Sin embargo, si analizamos nuestro comportamiento, advertimos que, por una extraña razón, las virtudes de buenos cristianos suelen estar ausentes en nuestra vida laboral.

Los problemas y preocupaciones que cada día nos encontramos hacen que la paz y la alegría cristianas se vean reemplazadas, en muchos casos, por quejas y crispaciones.

Es preciso convencerse de que no estamos solos en el trabajo. Siempre tenemos a nuestro lado a Jesús, que nos hace a todos hermanos, que nos ayuda a ser buenos servidores de los demás, y que nos invita a descubrir en el trabajo una posibilidad de construir un mundo mejor. Con Jesús, los conflictos y las amarguras desaparecen, y vuelven a nuestro rostro la serenidad, la alegría sincera y la amistad generosa.

“La fraternidad cristiana –afirma San Josemaría Escrivá– no es algo que venga del cielo de una vez por todas, sino realidad que ha de ser construida cada día. Y que ha de serlo en una vida que conserva toda su dureza, con choques de intereses, con tensiones y luchas, con el contacto diario con personas que nos parecerán mezquinas, y con mezquindades de nuestra parte. Pero si todo eso nos descorazona, si nos dejamos vencer por el propio egoísmo o si caemos en la actitud escéptica de quien se encoge de hombros, será señal de que tenemos necesidad de profundizar en nuestra fe, de contemplar más a Cristo. Porque solo en esa escuela aprende el cristiano a conocerse a sí mismo y a comprender a los demás, a vivir de tal manera que sea Cristo presente en los hombres” (*Las riquezas de la fe*, ABC, 2-XI-1969).

Trabajando con Jesús nace de la necesidad de disponer de un instrumento de oración fácil, rápido y accesible, a fin de que toda nuestra vida laboral se impregne del espíritu cristiano.

Con estas oraciones queremos pedir al Señor que nos conceda realizar el trabajo como corresponde a un hijo de Dios: con perfección, por amor a Él y a nuestros hermanos.

Las oraciones que hemos reunido son ejemplos –hay otros muchos, cada uno puede tener los suyos– de cómo podemos dirigirnos al Señor y

a los santos en las diferentes circunstancias del trabajo, para convertirlo en ofrenda agradable a Dios y en servicio eficaz a todos los hombres. Parte de las oraciones que presentamos han sido tomadas de la Liturgia de la Iglesia Católica o fueron compuestas por diversos santos; otras son de los autores que constan al pie de la oración; algunas no tienen autor conocido (al menos para nosotros, a pesar de que hemos puesto los medios para descubrirlo); y las demás son fruto de nuestro corto ingenio, que esperamos sea compensado con nuestra buena intención.

Después de cada oración, hemos insertado una breve reflexión. Con ello, deseamos invitar al lector a convertir las oraciones en tema de meditación y de conversación íntima y personal con Dios.

Agradecemos de todo corazón al Excmo. y Revmo. D. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela, la Presentación de este libro, y a D. Ignacio Olábarri, profesor de la Universidad de Navarra, sus correcciones y sugerencias.

Queremos acabar con unas palabras de un Padre de la Iglesia, S. Juan Crisóstomo, que resumen la verdadera vocación de todo trabajador cristiano: “Cristo nos ha dejado para que fuésemos como lámparas; para que nos convirtiéramos en maestros de los demás; para que actuáramos

como fermento; para que viviéramos como ángeles entre los hombres, como adultos entre los niños, como espirituales entre gente solamente racional; para que fuésemos semilla; para que produjéramos fruto. No sería necesario abrir la boca, si nuestra vida resplandeciera de esta manera. Sobrarían las palabras, si mostrásemos las obras. No habría un solo pagano, si nosotros fuéramos verdaderamente cristianos” (*Homilía sobre la primera carta a Timoteo*, 10,3).

1

Al comenzar el día

Padre Celestial, al entrar en mi lugar de trabajo, deseo invocar tu Presencia para darte gracias por este nuevo día.

Te pido tu paz, tu gracia, tu misericordia y tu orden.

Te pido que bendigas todo lo que se hable, piense, decida y haga dentro de estas paredes.

Bendice mis proyectos, ideas y todo lo que realice, para que aun mis más pequeños logros sean para tu gloria.

Bendice, Señor, a mis jefes, compañeros, clientes, y a todas las personas que este día se relacionen conmigo.

Renueva mis fuerzas para hacer mi trabajo de la mejor forma posible.

En este día te pido, Señor:

Un corazón generoso para atender con amabilidad a todas las personas, y no ser indiferente a sus necesidades.

Ojos para descubrir lo mejor en los que me rodean.

Una boca que sonría con frecuencia, que diga frases optimistas y que enmudezca para los rumores y palabras ofensivas.

Dos manos que trabajen honradamente y con entusiasmo, para satisfacer las necesidades de mi familia y las mías.

Mente abierta a todas las ideas, para pensar bien de los demás y entender sin prejuicios a los que piensen de distinta manera que yo.

Especialmente, Señor, dame una fe profunda para creer en tu palabra, y una voluntad decidida para actuar correctamente y hacer el bien.

Señor, cuando esté confundido, guíame; cuando me sienta débil, fortaléceme; cuando esté cansado, lléname con la luz del Espíritu Santo.

Te pido que, en este día, el trabajo, lo que haga y la manera de hacerlo estén de acuerdo con tu palabra y tus mandamientos.

Y te ruego, Señor, que, cuando termine mi trabajo de hoy, me conduzcas con seguridad hasta mi destino.

Bendice a mi familia y cuida de mi hogar para que todas mis cosas estén como las dejé cuando salí de casa.

Señor, te agradezco todo lo que has hecho en mi vida, lo que haces y lo que harás.

En el nombre de Jesús, te doy las gracias por los dones con que me bendecirás en el día de hoy.

Ayúdame a usarlos con responsabilidad en tu honor. Amén.

(Autor anónimo)